

S E L E V A N T A R A N

p o r

AUGUSTO W. DERLETH y MARCOS SCHORER

En distintas ocasiones he intentado relatar esta historia, pero siempre he fracasado.

No pude hacerlo ni cuando supe que todo había concluido, cuando me encontré atado con fuertes correas a una cama del hospital, dándome perfecta cuenta de lo que me rodeaba, los ansiosos rostros de los practicantes inclinados sobre mí y el doctor Montague a mi lado, instándome a que hablase.

Mi cerebro era un caos; pensamientos y palabras brotaban incoherentes. Comprendía que, para un profano, semejantes frases carecían de sentido.

Intenté relatar los hechos tal como sucedieron. En mi mente la cosa era tan clara como la luz del día, pero no podía expresarme, las palabras se embrollaban y ningún concepto resultaba coherente. Pensaron que había enloquecido y aun yo mismo llegué a figurármelo. Días después consideraron perdido mi caso y me dieron de alta. No comprendieron que los hombres sufren a veces experiencias tan horribles, que les resulta imposible hablar de ellas. Lo ocurrido sucedió hace seis meses y voy a escribir lo que jamás he podido decir de viva voz.

Stan Elson y yo cursábamos el cuarto año de medicina en la Universidad de Wisconsin. Una noche, durante la primavera pasada, trabajamos en el laboratorio hasta muy tarde; Stan, más listo que yo, terminó primero. Al salir en dirección a la escalera, mi amigo subía a buscarme.

—¿Dónde diablos te metes, Valens?—preguntó sofocado.—¿Por qué no dijiste que aún tardarías un rato? No es muy agradable aguardar bajo la lluvia. Si lo hubiese sabido, te esperaba adentro.

—No me demoré por culpa mía, Stan.

Venía tras de ti; pero, a propósito, debes haberte cruzado con el viejo.

—¿Con quién dices que he debido cruzarme?

—Con el viejo que me detuvo en el vestíbulo. Al salir del laboratorio para entrar en el lavabo, casi topé con él. Era un individuo alto, de cara pastosa, vestido a la antigua, con una levita casi prehistórica, bufanda de lana, y un paraguas viejo y de un verde desteñido. Me extraña que no te fijases en ese tipo.

Stan Elson movió la cabeza negativamente.

—No vi a nadie.

—Es extraño. Juraría que pasó por tu lado.

—Quizá quedara dentro del edificio—dijo Elson con cierta brusquedad.

—No, no lo creo.

Antes de lanzarnos a la calle bajo una lluvia torrencial, levanté el cuello de mi impermeable y, en silencio, subimos por la calle Langdon. El viento levantaba oleadas sobre el asfalto de la calle, donde el agua se deslizaba en rápidas corrientes. Sin saber por qué, me sentía extrañamente preocupado por el anciano desconocido con quién me cruzara en el pasillo. Al fin, mi silencio tuvo la virtud de poner nervioso a Stan Elson.

—Bien, ¿qué me dices del hombre del vestíbulo?—me preguntó algo irritado.

—Oh, nada—respondí.—Me pareció extraño, nada más. Pidió examinar los laboratorios de disección y murmuró entre dientes algo que se refería a su interés por la anatomía. Su rostro me sorprendió, pues jamás vi persona alguna tan pálida como él. Parecía haber caído en una artesa de cal.

Elson soltó una risita.

—¿Qué le contestaste?

—Que yo no tenía ninguna autoridad, pe-